

Cuentos del paraíso de las islas 12-20

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 24/11/2023
Número de páginas: 15
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

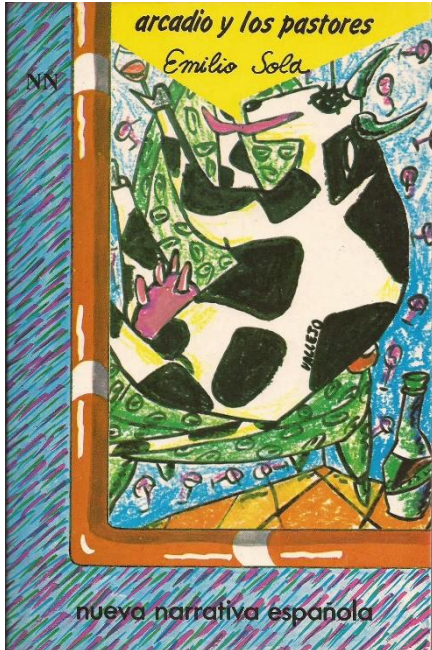
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

20 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. 22
4. El grupo del valle del Mago 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago 61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago 97
4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . 106
5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov 134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

secretos, como siempre y en casi todas partes, del éxito de la toma de la ciudad.

El inicio de lo que se llamó la toma de Casentina —y este amanuense aprovecha para aclarar que Casentina es el nombre más usado en la región para denominar a esa hermosa ciudad que en el norte siguen llamando Constantina—, el año 70 del paraíso de las islas, coincide con el largo periplo de Arcadio, el hijo de Ulrica, por las islas y la costa.

6.—Podría decirse que el viaje de Arcadio es el inicio de su edad adulta, más que la paternidad misma —que tan en lo hondo le afectara, como la muerte de Bushakor— o que su trabajo en el valle del Mago. Y este amanuense lo cree así, aunque su edad adulta se truncara en el momento mismo de iniciarse, porque tras el viaje Arcadio intuía más o menos vagamente dónde estaba el lugar en el que deseaba asentarse, cual quería que fuera su futura función. Conoció y le conocieron innumerables gentes, visitó y habitó un sin fin de lugares y casas, algunas de ellas protagonistas de historias que había escuchado o de filmaciones vistas, en todas partes su relato sobre la “Arcadia feliz” del valle del Mago y las altas mesetas al sur despertaba gran interés y Fito le había de decir a su regreso a Guelma, un año después, que a medida que progresaba su periplo aumentaban las demandas para ensayar la trashumancia y tenía que rectificar y ampliar programas de continuo. Entre la “Arcadia feliz” y la “toma de Casentina”, todo aquel año y el siguiente, hicieron que se pusiera de moda la zona oriental de la antigua Berbería y que verdaderas multitudes se desplazaran temporalmente hacia aquellos parajes. Para Arcadio la campaña fue un verdadero “viaje de conocimiento y de contactos”, como gustaba decir Juan Bravo, más que “viaje de huída”, aunque un puntín de éste podía tener a causa de la tristeza tras la muerte de Bushakor. De la casa-jaima de Zeralda, en donde permaneció una semana el chico con la muchacha casentinesa, pasó Arcadio a los oasis del sur y zona de la gran muralla verde, desde donde volvió a la cos-

ta a la ciudad de los vientos, antigua Gūajarán; hasta el final del verano se enredó por las diferentes ciudades del interior y costa magrebíes y todo el otoño lo dedicó a la costa levantina española, la meridional francesa y las islas; memorables para el muchacho fueron el reencuentro con Claudia Auani y Flora Abenza en el valle de Ricote, los días en el chiringuito de Eulogio, en donde le rozó la magia de la música, en la casa del naranjal y biblioteca del Antiguo el contacto con las más ilustres y densas huellas del origen del paraíso de las islas, o en la gran ciudad de Marsella su participación activa en los preparativos para el asalto final de la ciudad; en esta ciudad la marcha era febril y en los grupos eran frecuentes los síntomas de agotamiento: la “Arcadia feliz” fue vista como el más atrayente de los paraísos recién lanzados y Fito Naser había de recibir a principios del invierno una verdadera avalancha de solicitudes marselesas para ensayar la trashumancia en la primavera próxima, a raíz del paso de Arcadio por la dicha ciudad. De isla en isla —memorable la estancia en la casa del huerto de los almendros, cuna del hombre del colmillo verde Ahmed Pujol, corazón del paraíso ibicenco, así como sus rápidas visitas a Lampedusa, Pantelleria y Ustica y la más prolongada estancia en el Albergo de Catania en Palermo, las sombras de Rocco Consales y Gina Manfredi omnipresentes con su mensaje de abnegación y amor—, remontó luego Arcadio Italia toda en zig-zag de mar a mar para adentrarse a comienzos del invierno por la costa dálmata, todos los grupos de cavernícolas de regreso a sus casa-cuevas de invierno, en donde Arcadio se vio inmerso en una espiral o torbellino de creatividad, sexo y alegría que llegó a aturdirle y que culminó el último día de su estancia en las comunidades de cavernícolas cuando le llevaron a ver la cueva-tumba de Mario Pinto-Godinho, de la mano del propio Fued Mustafa, el diseñador de la casa despertador de pájaros, a punto de sus cincuenta años más amable y taciturno que nunca; en Duvrovnik, la antigua Ragusa, Arcadio debió descansar dos semanas completas, de nuevo rozado por la magia de la música, y alargó su viaje todo lo que pu-



do en Montenegro —la autopista de bosque y de montaña que Yeni y Filis diseñaron la recorrió en varias ocasiones y la consideraba también un poco suya—, Albania y la Grecia continental a la espera de la primavera; quería que su periplo por las islas fuera en primavera. Y así fue: Arcadio recibió la nueva estación en los jardines de Cnosos, que un día lejano inaugurara el padre del cuchillo, y tras las fiestas del equinoccio desde Creta visitó durante un mes innumerables islas con su mensaje de la “Arcadia feliz”. Estambul y los barrios modulares de hijos del agobio que, con centro en Esmirna, se habían expandido por toda la costa turca y hasta la siria, consumieron su mes central, mayo; entre los antiguos agobiados el helicóptero y el caballo habían ido sustituyendo paulatinamente a la moto para desplazamientos cortos y la “Arcadia feliz” fue recibida con un entusiasmo que dejó sorprendido al propio Arcadio; la segunda gran avalancha de solicitudes que Fito Naser había de recibir procedía precisamente de allí, de los barrios y ciudades modulares de hijos del agobio. Desde Chipre, por avión, Arcadio pasó a la costa fenicia y en Damasco y en la antigua El Qods, la mítica y cantada Jerusalén, convivió y presentó la “Arcadia feliz” a numerosos grupos atareados en la reconstrucción de aquellas áreas, tal vez las más degradadas del paraíso de las islas; castigadas aquellas tierras y los grupos que las habitaban, como ningunas otras tanto, por la intolerancia y desde mucho tiempo atrás —la intolerancia a niveles planetarios se había ensañado allí con las gentes de manera muy especial—, el resultado era que aún conservaban fuerza los grupos regidos por tradiciones mítico-religiosas muy antiguas, con frecuencia enfrentadas aunque —al fin— claramente minoritarios —domingueros, ramadaneros y sabatinos los más importantes—, y aún la fiesta del cerdo y del cordero era mal vista por no pocos. Tal vez fue aquella región, en especial por estas características, la que más desagradó a Arcadio de todas las visitadas, y eso que eran las semanas finales de la primavera. Por eso la llegada por mar a Alejandría, la tercera semana de junio, fue como una liberación y la alegría y hasta el disparate

festivo de aquellas gentes, la vitalidad de los grupos de todos los lugares del gran río que Arcadio remontara casi hasta sus fuentes, fueron como una nueva revelación y el muchacho no encontraba el tiempo para dejar aquella gente y tierra que le fascinaban; la “Arcadia feliz” fue bien acogida y jaleada, pero los grupos concluyeron que ellos montarían sus propias arcadias, como estaban montando sus propias murallas verdes, y que un día esperaban que el Gran Sahara, entre el Nilo y el lejanísimo mar océano occidental Atlántico, fuera como un huertito arable o un jardín. Comenzaba septiembre cuando Arcadio llegó de nuevo a Guelma, tras recorrer las tierras costeras de la Libia y Túnez, o antigua Berbería oriental, con rápidas escapadas hacia el sur, y en las que la “Arcadia feliz” cedía en protagonismo a las experiencias locales por muy conocida ya. El último tramo, hasta Annaba, quiso Arcadio hacerlo por mar de nuevo, en un barco velero airoso de velas rojas, verdes y amarillas, los colores de las antiguas naves cartaginesas.

No quiere entrar este amanuense en mayores detalles sobre el viaje de Arcadio porque, aunque otros recuerdan su paso por los diferentes lugares visitados, el propio Arcadio nunca pudo llegar a contárselo personalmente. De Annaba a Guelma Arcadio viajó en helicóptero y luego comentó que desde el aire todo aquel tramo de campos de trigo, bosque y olivares ralos, con un sinnúmero de construcciones nuevas recién iniciadas, le habían llenado, no sabía bien por qué, de congoja; y que —así se lo hacía de decir a Fito— supo entonces que necesitaba vivir en un lugar mínimamente urbanizado y en el que el sol tuviera “un orto marino y un ocaso terrenal...”

—Tierras ponentinas —se limitó a comentar Fito.

En el helipuerto de la universidad ganadera Fito Naser y Simón el Mago esperaban a Arcadio con una pequeña sorpresa: la yegua Blanca y la niña Arcadia Coprulu; Kaka Rduán, el hombre de la cara quemada o el hombre de la casa quemada, el gigantón kurdo, sostenía a la yegua por las bridas y ésta, al sentir la proximidad de Arcadio, caracolea-

ba inquieta y quería zafarse de su nuevo cuidador; todos se dieron cuenta y lo que a todos hizo sonreír emocionó a Arcadio. La niña Coprulu, sin embargo, no le reconoció; en brazos de Simón, acercaba su carita sonrosada a las barbas negras del Mago cada vez que Arcadio intentaba acariciarla y luego, cuando no se veía observada, observaba ella misma con curiosidad al recién llegado con los ojos muy abiertos y esa seriedad infantil que parece reflejar una inteligencia muy profunda e incapaz de expresarse aún con la palabra, misteriosa e impenetrable. Aquel día transcurrió como una fiesta de celebración, todos incansables en el preguntar al recién llegado y en el contarle las últimas anécdotas de la toma de Casentina, de la universidad ganadera, de la última trashumancia, Arcadio animador principal de aquella conversación de viajes. En el valle del Mago, supo Arcadio, sólo quedaban del antiguo equipo Don Fion, Imanol Tolosa y Catalina Ivanova; Estambuli estaba allí, en la universidad ganadera, y Tania también, la Coronela en otras manos ya, creía que en una isla del Egeo. Ali Hamuín se había enrolado en los grupos de la toma de Casentina y de vez en cuando se dejaba caer por allí, lo mismo que Nica Coprulu y Leila Naser V, que había formado nueva compañía integrada sólo por muchachas, la mayoría casentinesas, que estaban alborotando la ciudad con sus montajes peculiares. Aquella noche Arcadio sintió una vaga sensación nueva, como nostalgia de algo indefinido, como si por primera vez en la vida se topara con algo que temiera olvidar, como si hubiera aprendido de repente a recordar. No quiso quedarse en la casa de Sidi Abdelhakim Bushakor, en donde había pasado su niñez y ahora sede de la casa de los niños de Guelma, y prefirió instalarse unos días cerca de Fito Naser, Estambuli y Tania, con otros más que allí vivían, en la casa de la computadora.

—Me siento confuso —le confió Arcadio aquella noche a Estambuli.

Y Fito que estaba cerca, le dijo que no se preocupara, que descansara unos días, se relajara tras tan largo viaje y que luego ensayarían algunos modelos de programas. Arca-

dio le comentó su intuición de que tal vez su lugar estaba en una tierra cerca de un mar por donde naciera el sol...

—Tierras ponentinas —se limitó a comentar Fito.

Por la mañana muy temprano Arcadio se fue a las cuadras de la universidad ganadera y le pidió a Kaka Rduán, el kurdo de la cara quemada, que le dejara dar un paseo con la yegua Blanca; se había vestido Arcadio con las ropas cómodas para montar que usara en el valle del Mago y sentía una euforia mañanera especial de cuerpo bien acoplado a sí mismo tras el descanso. Kaka Rduán le indicó, con su lengua medio de trapo aún, que a media mañana debía traer de nuevo a Blanca a la caballeriza para ejercicios previstos para aquel día. En eso quedaron. Mañana de final de verano, el sol a punto de vencer nieblas matutinas, aquella amanecida Arcadio descubrió la hermosura del mirar, de las imágenes en torno —las altas aves que planeaban, algunas gaviotas perdidas por el interior y palomas y golondrinas, las altas copas del pino, la humildad del olivo, la majestad exhuberante y sobria a la vez de la palmera, las siluetas aéreas de edificios innumerables en construcción perdiéndose en el fondo de niebla misteriosa—, sintió el poder de sus ojos como nunca antes lo había sentido, inmerso en la visión —visionario—, se supo dentro de aquel todo armónico, parte de él, partícula. La yegua Blanca le pareció rosada en aquel rosado amanecer, “para hacerte feliz, conspiración, y cómo agradecerlo”, se repetía Arcadio para sí una y mil veces, y cerró los ojos... y tras tanta belleza contemplada —las altas aves, las altas copas...— encegueció.

Kaka Rduán y Kaka Dib —lejano pariente del anterior al que el hombre de la cara quemada había hecho venir desde sus lejanas tierras orientales para ayudarle en las cuadras de la universidad ganadera— encontraron a Arcadio a medio día; a lomos de Blanca, la brida floja, sin rumbo, la mirada perdida lejos luego supieron que sin visión, al acercársele oyeron que decía “...y cómo agradecerlo”. Tomaron las riendas de Blanca abandonadas por el chico y a ronzal, a ramal de sus dos caballos, los dos curdos condujeron a Arcadio y a Blanca hasta la casa y cuadras de la uni-

versidad ganadera. Fue avisado Simón el Mago y Yosín telefoneó de inmediato a Fito Naser. Fito vino acompañado por un médico. Kaka Dib y Kaka Rduán —su careto desfigurado por el fuego transformado por la perplejidad— habían tendido a Arcadio en un banco largo de madera en el cobertizo exterior de las pajeras. Fito estaba muy nervioso. Arcadio, los ojos semicerrados y el rostro de rasgos hermosos raramente inmóviles, parecía no enterarse de lo que sucedía a su alrededor; una fina película muy brillante, diríase de lágrimas cristalizadas, desdibujaban el iris, la pupila contraída a un casi invisible puntito negro. Desde el primer momento el doctor que lo examinara supo que aquella ceguera era especial; no dijo “ciego” sino “enceguecido”. Y así fue; al cabo de tres días Arcadio comenzaría a ver de nuevo; al recuperar la visión tenía conciencia de un largo “sueño rosa a causa de los arreboles de la amanecida”.

Días de gran pesar fueron aquellos tres para Simón el Mago, Fito Naser y para todos los que conocían y amaban al joven Arcadio. Por su parte, el hijo de Ulrica se pasó los tres días en un suspiro, como anonadado por aquella inexplicable calamidad; muy parco en la comida y en el beber, parco en el sueño, al amanecer pedía que le sacaran al cobertizo sur de las pajeras y allí se pasaba en silencio toda la mañana, y hasta después del mediodía, acariciado por los rayos de un sol amable y fuerte aún del final del verano. Fito delegó prácticamente todos los trabajos de coordinación y programación básicos en sus compañeros y se pasaba todo el tiempo que podía al lado de Arcadio, intentando hacerle hablar, respetando su silencio cuando veía que lo deseaba, contándole anécdotas últimas sabidas, sobre todo de la toma de Casentina. Y es que Fito, a pesar de su juventud tal vez el más genial programador por entonces en el paraíso de las islas, “el gran programador” se decía de él, había llegado a adivinar un destino singular para Arcadio a través de los datos conocidos hasta el momento y que él había manejado y sistematizado; la pequeña o breve biografía del chaval estaba de continuo alumbrada por ráfagas no sabía si de genialidad o de oportunidad que le conver-

tían en un privilegiado elemento para iniciar no importaba qué aventura comunitaria; todas las tareas realizadas hasta el momento habían sido exitosas y, más aún, su propia realización había sido integradora de grupo, multiplicadora, pura expansiva acción; veía en Arcadio, por lo tanto, un prodigio de posibilidades... pero no podía penetrar en el misterio del futuro, aunque adivinado hermoso, no podía afirmar certezas para después y no podía saber si aún o por siempre había de ser así. Para Fito, pues, era Arcadio ese maravilloso cuaderno en blanco en el que podía ser escrita la más apasionante de las historias que en aquellos momento pudieran ser escritas. De ahí su ansiedad frente a aquel Arcadio enceguecido.

Había nacido Fito Naser en la casa del naranjal —el año cuarenta y tres del paraíso de las islas, Borondón el Babilónico vivo aún—, y había crecido en la casa de los niños de la dicha; viajero con su madre desde muy niño, cuando ésta, Leila Naser III, pasa a ser figura clave —o responsable, o jefa, o decana, o como quiera denominarse eso, aunque era simplemente para todos Leila Naser— de la casa-biblioteca del Antiguo en los años finales de vida de éste, Fito Naser es ya responsable, con la niña Lavinia Plonka —de su misma edad y con la que recordaba su primer bello idilio infantil—, de la casa de los niños de la del naranjal. Muy niño aún elaboró su primer plan cibernético importante precisamente para la casa de los niños, junto con Lavinia Plonka, y el verano de la muerte de Borondón el Babilónico o el Antiguo —contaba Fito Naser nueve años—, ante la avalancha de visitantes de todo el paraíso de las islas elaboró el que había de consagrarle como “gran programador”; aquel verano la casa de los niños funcionó a la perfección, a pesar incluso de la diversidad de lenguas, y hasta en la casa del naranjal hubo que rectificar extremos concretos del programa previsto bajo las indicaciones de los dos niños Fito y Lavinia; Borondón sonreía ufano cuando se lo comentaban y, ya en la plataforma en la que había de morir, había encomendado a Cristino Paulov el estudio de aquellos niños, en particular de Fito Naser, documentos vivos de lo que

era y había de ser el paraíso de las islas. De entonces datan los más avanzados programas de las casas de los niños. Los más de diez años siguientes se los pasaría Fito investigando y elaborando marcha, desde su casa de origen y el chiringuito de Eulogio hasta la alejada Esmirna, en itinerarios oscilantes —Menorca-Alejandría, Salónica-Argel, Palermo-Trípoli, Marsella-Duvrovnik...—, siempre con períodos intermedios en la casa-biblioteca del naranjal y con más o menos largos períodos de convivencia con el demógrafo Paulov, hasta instalarse en Guelma; en los cinco años que llevaba de plena actividad en la región el fruto de su trabajo no podía haber sido más espectacular, el que este amanuense ha intentado relatar, está intentando aún, aquí. Tenía Fito Naser en esos momentos veintiocho años —Arcadio, veintitrés— y su interés y preocupación por lo que estaba sucediendo a Arcadio estaba avalado por una brillante experiencia.

Pero no era sólo Fito el preocupado; también Simón sentía que algo se le venía abajo con la desventura de aquel joven y, una vez más, intuyó que su continuación de viaje hacia oriente se acercaba. Si Simón tardó aún unos años en dejar la zona fue precisamente porque Fito, aún desde la distancia, consiguió que la universidad ganadera de Hamam Masjutín se fuera remozando de tal forma que el viejo ganadero olvidara la impresión fuerte que el accidente de Arcadio le causara. Y Estambul reaccionó también, a su manera, ante la enfermedad —o lo que aquello pudiera ser— de su buen amigo; de entrada, retomó la guitarra que desde hacía casi cinco años había abandonado; en los ratos libres que pasó junto a Arcadio aquellos tres días ensayó las viejas melodías que en los primeros tiempos en el valle del Mago había tocado y Arcadio sonreía. La tarde tercera llegó Nica Coprulu desde Casentina; enterada de la ceguera de Arcadio, había emprendido viaje de inmediato; e inopinadamente de ella había de venir de nuevo la salud para su compañero. Tras una noche de amor y de caricias, al amanecer Arcadio le dijo a Niña que no era luz rosada lo que veía sino amarillenta y a medida que se acercaba el orto so-

lar ésta se hacía más blanca; con unas gafas muy ahumadas, con cristales de espejo hacia fuera, Arcadio protegió sus ojos pues la blancura de la luz llegaba a molestarle; al orto veía sombras en movimiento; a mediodía, las figuras un poco desdibujadas aún; por la tarde veía con toda nitidez. Entre las mantas de la cama encontraron dos finísimas películas translúcidas, como escamas o lentillas. Y se organizó una gran fiesta.

Pero dentro de Arcadio y sus más próximos —Fito, Simón, Estambuli, Nica...— quedaba una sombra de inquietud o duda ante un futuro, previsto brillante, que podía ser torcido por impensadas fatalidades que, aunque en ocasiones pudieran ser detectables como un terremoto o una catástrofe climática, como éstas eran imposibles de atajar o controlar; eran los últimos coletazos del maktub, el destino, del inasible carma, de la tiranía de los hados, de la suerte, de la dictadura de los antiguos dioses moribundos.

~~7. — Con el equinocio de otoño —o de verano— del año setenta y uno del paraíso de las islas Nica y Arcadio —Fito juzgó importante su permanencia juntos durante una temporada— viajaron a Casentina para participar en los trabajos de la toma de la ciudad. Aunque llevaban previsto integrarse al menos dos veces por semana en turnos de las cadenas de fabricación y montaje de tubos y grifería, debían, sobre todo Arcadio, trabajar para crear una dinámica interna ágil en las diferentes comunidades que pudieran ir creándose a la sombra de las obras de Casentina. Era sencillo, pues era organizar los grupos como siempre habían organizado su vida desde niños. Mediado el otoño, cuando toda la ciudad estaba rodeada por un verdadero cinturón de campamentos y pueblitos-dormitorio y para las veladas y fiestas de la hora de la distensión, a donde cada vez acudía más chavalería casentina para participar y luego para quedarse incluso, a Arcadio le encargaron organizar la matanza del cerdo y del cordero del otoño, la primera que iba a tener lugar en aquella ciudad o en sus cercanías. La matanza del cerdo y del cor-~~